

18-mayo-06
SRB

17-nov-08
CUPS

1084377

ADRESSES
C-1

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

LOS BANDIDOS

LOS BANDIDOS

PERSONAJES

EL PARDO, perseguido por la policía. Lleva cazadora oscura.

CELIA, mujer joven, vestida con cierta gracia antigua.

Celia borda lentamente, sentada en una poltrona de una sala modesta, pero pulcra. MUSICA suave en la radio que ella tiene a mano. Luces discretas; por la ventana entran intermitentes destellos rojos de un anuncio de neón. Pasos acelerados de un hombre que se acerca a la puerta del departamento. La abre y cierra violentamente, poniéndole cerrojo.

PARDO (*jadea; lleva una pistola en la mano*).
¡No se mueva, si no quiere que la deje seca!

CELIA (*tranquila*). No se preocupe; no me moveré.

PARDO (*mirando con mucha precaución en derredor*). ¿Está sola?

CELIA. Sí.

PARDO. Mmm... ¿No hay más puerta que esa? (*por donde entró*).

CELIA. No. Hace tiempo cancelaron la puerta de servicio.

Un locutor habla velozmente por la radio.

PARDO. Apague esa porquería. *(Celia lo hace). (El Pardo se guarda la pistola al frente, bajo el cinturón). ¿Sabe quién soy?*

CELIA *(con cierta inocencia)*. Sí; lo dijeron en el radio varias veces. Siento que es exacto a la descripción; sólo que hablaron de una mirada de tigre, y de una cicatriz.

PARDO. Según ellos, todos los malos tenemos un chajazo en la cara. Sí: tengo cicatrices; pero en la espalda. Me las hicieron ellos.

CELIA. ¡Ah, vaya!

PARDO. ¿No me tiene miedo?

CELIA. Su voz es triste; a la gente triste no se le tiene miedo.

PARDO. No diga idioteces. ¿Cree usted que me queda tiempo de ponerme triste?

CELIA. No se necesita tiempo para eso. *(Cambio de tono)*. ¿Quiere tomar algo? En la estufa hay café caliente y sobre la mesa queda un pan con jamón. *(Con reverencia)*. Le eché mantequilla y mostaza.

PARDO *(murmura mientras da con los alimentos)*. Caliente... Mostaza... A ver, a ver...

CELIA. A usted le gustan los dulces, ¿verdad?

PARDO. ¿Cómo diablos lo sabe?

CELIA. Por el tono de su voz.

PARDO *(come parado, un pie sobre una silla; divide, mastica y sorbe el café)*. Conque la voz... Muy bueno el pan; pero el café sabe a medicina.

CELIA. Es todo lo que tengo, dispense.

PARDO. No necesita disculparse. *(Se limpia la boca con la manga de la cazadora)*. Me revienta la gente humilde.

CELIA. La mermelada está sobre la refri. Es de naranja.

PARDO. No me gusta; prefiero la de fresa. *(Abre la lata de mermelada y come con el dedo)*.

CELIA. ¿Lo vieron entrar en este edificio?

PARDO. De seguro. En la calle hay cantidad de faroles. Además, lo ven todo; hasta de lejos, como los zopilotes.

CELIA *(con nostalgia)*. Quisiera que no lo encontraran.

PARDO. ¿Por qué? ¿Qué le importa?

Silbatos y sirenas se acercan y luego se alejan. El Pardo mantiene la mano en la cacha de su arma y mira de soslayo la puerta.

CELIA. Sí me importa; su voz es triste.

PARDO. Y dale. . . ¿Cómo quiere que no me encuentren? Siempre lo encuentran a uno. *(Con cierta desesperación)*. Son muchos; tienen olfato. Además, parece que el mundo se fuera encogiéndose.

CELIA. ¿Me da permiso para pedirle algo?

PARDO *(molesto)*. No tengo nada que dar.

CELIA *(sonríe)*. No; no es de dar, sino de hacer. Siéntese tranquilo, como si nada estuviera pasando. Hágase de cuenta que somos amigos.

PARDO. ¿Cómo se le ocurre pedirme eso? ¿No oye ahí afuera que la muerte me viene siguiendo los pasos? ¿O cree que ya se fueron?

CELIA. Nada gana con seguir tenso. El descanso es bueno, aunque dure poco.

PARDO *(toma asiento y se relaja)*. Es cierto; sobre todo cuando es eterno. Hay gente que nació para descansar y gente que nació para correr caminos y echarse agua en el cuerpo para no quemarse por dentro.

CELIA *(alegre)*. ¿Le gustaría vivir en el campo, a la orilla de un río?

PARDO *(ríe por primera vez)*. Sólo falta que me pregunte si me gustaría verme rodeado de patojos, con un gatito y un canario en su jaula.

CELIA. ¿Y por qué no?

PARDO. Sí; por qué no. . . Parece que todos tuviéramos derecho a eso, ¿verdad?

CELIA. Aunque no lo tengamos, es bonito hablar de esas cosas.

PARDO *(no sin alguna reverencia)*. Usted es medio chiflada, palabra.

CELIA *(ríe)*. Tal vez sí; pero no le hago daño a nadie.

PARDO. Oiga, ¿le gustaría ser bandida?

CELIA. Depende; si no hubiera policías... Además, usted no es un bandido.

Sirena se acerca. Tropol de pasos en el corredor. El Pardo se pone de pie de un salto y saca su pistola (al tiempo que golpean la puerta). ¡Abran! ¡Abran o tiramos la puerta! Pardo: estás rodeado. Ahora sí te jodiste.

PARDO. ¡Un momento! No disparen: Aquí hay una mujer ajena a todo esto.

CELIA *(en voz baja)*. Piense en su casa junto al río.

VOS. Te damos un minuto para salir. Abrí la puerta y aventé la pistola.

PARDO *(a Celia)*. Oiga, le voy a pedir un favor.

CELIA *(con tristeza)*. No tengo nada que dar.

PARDO. No se trata de dar, sino de hacer. No quiero que vea lo que va a pasar aquí. Cierre

los ojos.

CELIA (*con naturalidad*). Los tengo cerrados ha-
ce mucho tiempo.

PARDO. ¿Cómo?

CELIA. Soy ciega.

PARDO (*inclinándose para examinarla más de
cerca*). ¡Ah!. (*Cambio de tono*).. Bueno...
muchas gracias por el río.

CELIA. De nada. ¿Y sabe una cosa? Ya no tiene
la voz tan triste.

PARDO (*sonrisa inocente, tranquila*). Ha de ser
por el café.

Golpean la puerta brutalmente.

PARDO (*alzando la voz y apuntando a la puerta
con el arma*). Ahí les va la pistola...

Cinco disparos rápidos.

TELON

EL APOSTOL

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS